

**Villegas, Javier y Adriana Solís (2014).** *Historias compartidas Ejido Carlos Cano Cruz. Migración Interna y Colonización en el Siglo XX en Campeche.* México, D.F.: Plaza y Valdés/Universidad Autónoma de Campeche/Universidad Autónoma del Carmen, 210 pp.

Lourdes Roca<sup>1</sup>

Cuando escuchamos música y de repente la melodía cambia de tono, nuestro estado de ánimo se reorienta. Podemos pasar de la mayor sensación de tragedia, a la mejor de las alegrías, de la opresión en el pecho a una oleada de pasión o energía. Este es uno de tantos potenciales que tiene la música, como también lo podemos encontrar de forma muy clara en el cine.

Pocas veces sucede esto con un libro académico. El rigor a menudo toma forma de aridez y muchas de las publicaciones que resultan de investigaciones sociales no llegan a tocar nuestras fibras, no nos mueven, no nos sacuden, cuando el propósito de la mayoría de ellas es dar a conocer procesos sociales y promover la transformación de aquellos que nos aquejan. Para ello, tocar fibras es esencial.

En la medida en que la investigación social incorpora lo cualitativo, esto puede ser diferente. Las técnicas cualitativas de investigación como la entrevista a profundidad y el trabajo con otro tipo de fuentes no tan comunes, como la fotografía, pueden tener muchas bondades, como también tienen sus dificultades y limitaciones; pero está claro que entre esas bondades, una destaca justo a la hora de presentar los resultados de estudio.

Este tipo de trabajo es el que podemos encontrar en *Historias compartidas Ejido Carlos Cano Cruz*, una publicación cuya narración se va tejiendo a partir de los testimonios de muchos protagonistas de la migración interna del siglo XX en Campeche, paciente y laboriosamente recopilados por Javier Villegas y Adriana Solís durante varios años.

El libro se estructura en dos partes, “la historia de aquí” y “la historia de allá”, haciendo referencia a “quiénes somos” y “de dónde venimos”, un binomio que acompaña todo proceso migratorio. La primera parte nos permite conocer cómo es que se conformó el Ejido Carlos Cano Cruz a partir de la migración sobre todo tlaxcalteca; las etapas de formación del poblado y la organización de sus solares; el proceso de mecanización de la agricultura; la llegada de los servicios básicos y

<sup>1</sup> Doctora en Antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Profesora-investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora. Dedicada a la investigación social con imágenes. Correo electrónico: lroca@mora.edu.mx

cómo fue el proceso de adaptación y la consecuente deconstrucción y reconstrucción de identidades. Todo ello para entender cómo a inicios del siglo XXI en este ejido se desarrolla una Unidad para la Conservación, el Manejo y Aprovechamiento Sustentable de la Vida Silvestre, frente al constante acoso de cazadores furtivos que además “maltrataban los cultivos y dejaban despojos de vida silvestre, como pieles de venado, vísceras, patas y cabezas”.

En la segunda parte, se explica de dónde procedían estos migrantes, cuál era su contexto socio ambiental, y las implicaciones de migrar a una región con un ecosistema tan diferente. Se precisan las raíces tlaxcaltecas de origen ejidal, cómo fue el reparto agrario y el proceso de colonización de Carlos Cano Cruz, y la diversa construcción de identidades que se fue dando de acuerdo al proceso migratorio, en busca de tierra y trabajo.

“Esta obra está escrita para ser leída por los propios pobladores que narran su historia colectiva y para ser compartida a las futuras generaciones”, plantean los autores en la contraportada del libro. Desde ahí ya nos sitúa en otro universo: la publicación surge de un proyecto académico, sin embargo, el principal propósito estriba en que el resultado del estudio llegue de forma accesible a quienes lo hicieron posible y sobre todo brinde precedentes importantes para las nuevas generaciones de pobladores del lugar. Y esto siempre es un gran reto.

Producto del “diálogo, la confianza y la ética”, *Historias compartidas* se promueve entre las obras que todo carmelita y campechano pudiera interesarse en leer: da cuenta de buena parte de la historia de Ciudad del Carmen y su entorno, de la región toda, pero sobre todo, da cuenta de diversos vaivenes: un vaivén permanente entre el estado de Tlaxcala y el Ejido Carlos Cano Cruz en Campeche, un vaivén identitario, uno de tradiciones y costumbres, de experiencias laborales y comunitarias, y otros muchos vaivenes, de encuentros y desencuentros, de aprendizajes y renunciaciones, de retos y lecciones, de ensayos y errores, de carencias y recompensas.

Todo ello lo hace de interés para pobladores de muchas otras entidades del país, interesados en estos procesos de migración interna escasamente estudiados todavía, y con tantos puntos en común más allá de las diferencias de localidades, culturas y trabajos involucrados. Historias cruzadas por la historia política del país, siempre definidora de tantas trayectorias; por las condiciones socioeconómicas de las poblaciones que tienen que dejar su lugar de origen para sobrevivir o mejorar su calidad de vida; por las relaciones de género que se construyen a partir de las prácticas cotidianas y las costumbres de cada cultura, pero que siempre mudan necesariamente frente a situaciones como las que este texto recupera y analiza.

Historias cruzadas por las condiciones socio-ambientales y los recursos naturales de cada lugar; por el ingenio y empeño de personas en particular, pero sobre todo de colectividades que

revaloran la colaboración y el apoyo mutuo; por el anhelo de mejorar las condiciones de vida personales pero sobre todo las familiares y comunitarias.

Los testimonios orales recabados delatan una gran capacidad de empatía con los entrevistados, una complicidad indagativa por recuperar estas historias que, de otra manera, hubieran quedado limitadas a las capacidades de la tradición oral: 'lo que me contó mi mamá, que le contó la abuelita'.

El detonador del estudio fue una tragedia ambiental, provocada por la depredación por parte de cazadores furtivos de los recursos naturales de la zona. Y el proyecto de creación de una UMA, Unidad de Manejo Ambiental, el Manejo *per se* y el Aprovechamiento Sustentable de la Vida Silvestre, enmarcó este estudio. Muy atinado fue que integrara todo el bagaje socio-cultural de la región para poder entender procesos que de entrada parecieran más de carácter biológico y de medio ambiente.

Toda experiencia propia es aquí recuperada de viva voz, pero a la vez con la guía de numerosas fotografías que constituyen un fondo histórico de primera importancia. Este tipo de imágenes, lejos de destacar por artísticas o profesionales, dan cuenta de procesos tan importantes como: la creación del poblado y organización de sus solares, la llegada de los servicios básicos, la mecanización del campo, el transporte, la comida, los oficios, las fiestas, entre otros aspectos de la vida cotidiana de una comunidad de migrantes, que llega a conformarse en un nuevo territorio y tiene que adaptarse al lugar y las diversas prácticas socio-culturales de la región que los recibe en el estado de Campeche.

Una región en gran medida distinta de la de procedencia, Tlaxcala, implicó un largo proceso de adaptación a muchos factores notoriamente diversos que promueven transformaciones en los sentimientos de pertenencia y, con ello, reconfiguraciones identitarias. Esta reconfiguración identitaria es el comienzo, el proceso será largo y el manejo integral de la vida silvestre, así como el cuidado del patrimonio, serán clave en ese trance de resignificaciones que han implicado los diversos tipos de adaptación: a la comida, al hábitat, al clima, a los recursos, a los vecinos, a otras culturas y otro ecosistema.

Para entenderlas, las experiencias aquí son recuperadas de la mano de un documento clave, usualmente no atendido desde la investigación. Imágenes de acá y de allá desfilan y se articulan a lo largo del libro, guiadas por los testimonios de quienes dan cuenta principalmente del qué y el porqué de lo retratado. Las fotografías aquí significan, estructuran y guían el discurso, no son solo ilustraciones de lo que se llegó a conocer por otra vía, sino a que a menudo detonan la reflexión y la narrativa sobre tal o cual proceso. Son imágenes que permiten comprender, más allá de recordar o de avivar la nostalgia.

Las fotografías cobran vida a lo largo del libro, en la medida en que esos instantes congelados recuperan contexto, por ello la sensación que tendrá el lector conforme avanza, es que justo todo ese corpus visual vino a enmarcar las narrativas de los testimonios orales.

Alguna vez, a propósito de cómo tratamos el patrimonio, Idalia García aseguró que: El patrimonio documental mexicano se ha constituido como un entramado de bienes e instituciones que se mantienen alejados de la realidad social que los explica y da sentido. Pareciera que hemos creado una realidad en la que los ciudadanos y los objetos de información, existen prácticamente sin correspondencia entre ellos (García, 2009: 15-16).

Con *Historias compartidas*, tenemos acceso a una publicación que camina en la línea opuesta: los objetos de información, como aquí son las fotografías, solo cobran vida en la medida en que se crea una correspondencia con las experiencias de vida compartidas por cerca de trescientos migrantes.

Si con los textos se puede inventar y tergiversar, con la fotografía también resulta viable, porque aunque pareciera que su semejanza con lo que alguna vez estuvo frente al objetivo debe permitir que todos veamos lo mismo en ella, lo cierto es que si nos detenemos a verlas y describirlas con cuidado, de inmediato nos daremos cuenta de que cada quien puede ver de manera distinta lo que está ahí capturado, según la diversidad de bagajes.

En términos generales, el universo fotográfico y su circulación se complejiza en la medida en que las fotografías pueden ser reproducidas una y otra vez sin referencia alguna, para hacerles decir casi cualquier cosa, -como hace gran parte de la producción editorial que recurre a ellas-. Aquí, en cambio, podemos ver cómo las fotografías otorgan sentido y son desplegadas a partir de sus significados.

Lamentablemente a menudo la belleza y el éxito han constituido los cánones a seguir para elevar o no a una fotografía al estatus de memorable, coleccionable o reproducible. Afirmo que es lamentable porque esta tendencia generalizada, de carácter cultural, ha demeritado y opacado el valor epistémico de la imagen fotográfica, lo cual resulta particularmente grave para fines de investigación. A menudo no importa tanto de quién es, dónde es, quiénes aparecen ahí o cuándo se tomó, sino más bien que “está bonita” y por ello es digna de guardarse o conservarse.

En *Historias compartidas*, lejos de abonar a estas añejas y superficiales prácticas, y pese a los reducidos tamaños de reproducción con que pudieron ser incorporadas, las fotografías conducen en gran medida el discurso, y su selección y abordaje permite entender mejor los procesos sociales analizados, justo por el contexto que se les otorga con las experiencias de los pobladores entrevistados.

El trabajo de documentación de toda esta colección fotográfica ya fue muy avanzado para este estudio, y seguro lo será más en la medida en que se incorpore a futuras investigaciones. La primera piedra fue muy bien instalada, el resto de la obra vendrá con la capacidad de reconocimiento de tan meritoria labor y de su acceso para próximos estudios sobre la región y los procesos vividos por sus habitantes.

Por último, complace ver el resultado de una investigación que inició con propósitos de conservación y promoción del respeto y cuidado de los recursos naturales y la biodiversidad, por la capacidad y flexibilidad de sus autores en volcarse hacia lo social, que finalmente constituye el centro del quehacer humano que motiva, condiciona y a menudo hasta determina cualquier otro aspecto de su paso por la vida y su relación con el medio ambiente.

El principal aporte de la obra estriba justo en la incorporación de técnicas cualitativas de investigación, como busqué reseñar en este texto, lo que permite otro abordaje de los vínculos entre ambiente y sociedad. Existen estudios sobre Tlaxcala, sobre todo de historia política e historia obrera, menos sobre su historia agraria, pero son escasísimos los acercamientos a la historia de su migración, aquí además vinculada al desarrollo de un nuevo ejido en otro estado, Campeche, y las implicaciones que tiene para una población enfrentar las condiciones de otro ambiente y adaptarse a partir de su vida cotidiana y laboral, estrechamente ligada a la tierra. Las relaciones e interacciones que han establecido con el patrimonio biocultural de su nueva región, constituyen el centro de atención principal.

Como bien dicen los autores, las trayectorias personales y comunitarias solo se entienden por los contextos sociales específicos que se viven. Las experiencias de estos pobladores, después de dos décadas de ensayo y error, son la materia prima para entender esos contextos y los cambios que han conllevado para esa revaloración del patrimonio cultural otorgado que se está buscando promover y arraigar.

Compartir el patrimonio biocultural tan diverso y complejo, a la vez que frágil, siempre es complicado. Después de este profuso diálogo con los pobladores de Carlos Cano Cruz, los autores pasan la estafeta para un seguimiento en la reflexión, concientización y toma de decisiones clave para el futuro de este patrimonio que pide ser cuidado y perpetuado, para la mejor calidad de vida de las presentes y futuras generaciones.

## Referencias

García, Idalia y Bolfy Cottom (coords.) (2009). *El patrimonio documental en México: reflexiones sobre un problema cultural*. México, D.F.: Miguel Ángel Porrúa, 194 pp.